

LA CITA

A esta ruinoso tarde me llevaba
el laberinto múltiple de pasos
que mis días tejieron desde un día
de la niñez. Al fin he descubierto
la recóndita clave de mis años,..

Jorge Luis Borges

Abajo, en el vestíbulo de la pensión "Las Rosas", el antiguo reloj dejó caer tres gotas de su sonido espeso. Orlando, ahora Sergio, las escuchó con intranquilidad creciente. Había esperado sólo dos campanadas, pero con cierta sorpresa sus oídos encontraron también una tercera, un obstinado golpe. *Ya* eran las tres. Más de seis horas habían transcurrido desde su pesado despertar y todavía faltaban otras tres para la cita. Su mente se complacía en cálculos estériles.

Afuera, en ese barrio alejado del centro, la calle tranquila recibía el sol tibio de septiembre; a ratos, como con somnolencia, algún automóvil pasaba ante la puerta de la pensión. A las seis en punto, cuando la luz del sol comenzara a apagarse, un auto azul lo estaría esperando allá en el Bajo, en esa hora incierta que en la ciudad sobreviene mágicamente, sin conexión perceptible con ningún fenómeno natural. Sería un auto azul, veloz, mediano, perfectamente a punto para la operación.

No podía trabajar. Poco después del almuerzo había comenzado a cometer errores elementales y decidió entonces dejar el resto para la noche... si es que volvía. No soportaba más la estrecha habitación que lo ofuscaba. Caminaría: necesitaba la actividad agotadora y rítmica de sus piernas, necesitaba fatigarse y beber la claridad de la tarde porque sentía que el desconcierto avanzaba dentro de sí. El futuro se le antojaba una mancha oscura, impenetrable; el futuro inmediato, no el borroso porvenir lejano que no angustia. De allí a tres horas iría a jugarse la vida -directamente- por primera vez. Ese pensamiento hasta hace poco lo enorgullecía y lo alentaba: iría pronto a ser un héroe y entonces cobrarían sentido sus

privaciones, las rutinarias e insulsas tareas de su militancia, la forma resuelta pero también dolorosa en que se había separado de su familia. Ahora no, ante la proximidad de los hechos se sentía cambiado.

Por un momento, sin embargo, dominó su ansiedad. Al saludar a la afable dueña de la pensión que revisaba unos papeles, al atravesar el doméstico vestíbulo, adornado con el gusto de treinta años atrás, respirando la tranquilidad de sus macetas entre la madera ya oscura de sus muebles, cruzó por él la imagen de una vida sencilla y ordenada en la que nadie corría verdaderos riesgos, en la que aquello que iba a suceder horas más tarde no tenía lugar ni sentido; era impensable. Y salió.

El día era claro, luminoso. Tres adolescentes tomadas del brazo, riendo, se cruzaron con él. La calle descendía lentamente y volvía a subir, con suavidad también, algunas cuadras más adelante. No tenía el paso veloz y elástico de costumbre, se sentía torpe. Pero eso no le preocupaba, era el tiempo y no la distancia lo que le producía angustia. Miró su reloj, con la esperanza de que hubiese pasado al menos media hora y que estuviera más cerca ya el momento de la acción. Pero sólo eran las tres y veinte, exactamente -en realidad- las tres y dieciocho minutos.

No le encontraba razón a la ansiedad que lo atormentaba: no era acaso él mismo quien había elegido? Pero se consolaba pensando que, aunque ahora se sintiese como un cobarde, luego, con los otros alrededor, todo sería diferente. Se prometió no volver a mirar el reloj hasta que fueran, por lo menos, las cuatro y media, y se dijo: "Seguramente no soy peor ni mejor que nadie; también El Cordobés habrá sentido miedo la primera vez".

En su lenta marcha hacia el centro, en ese camino zigzagueante que iban trazando sus pasos, atravesando zonas cada vez más animadas y activas, luchaba con su razón contra la incertidumbre. Intentaba reconstruir las próximas horas, organizándolas lógicamente, recorriendo punto por punto los posibles hechos, creando imágenes, diálogos, movimientos y sonidos. Llegaría. A las seis exactamente, porque sabía ser puntual, estaría en Paraguay y Reconquista, en medio del público informe que llenaría las calles, entre la multitud de vehículos que avanzaban lentamente y allí, sin una demora mayor de dos minutos, vería el auto, el Peugeot azul, ni pequeño ni grande, veloz, moderno. Se acercaría con movimientos normales, sin alterarse, y la puerta trasera se abriría automáticamente. Entonces lo absorbería la organización, la máquina perfecta. Adentro estaría la figura maciza y amplia de El Cordobés, serio pero cordial; Adrián, probablemente, se encontraría en el asiento de atrás, su amigo Adrián, el que había avalado la integridad de su conducta.

-Es un tipo firme -había dicho-. Se necesita mucho valor también para romper con un origen como el suyo.

Y ésta sería su oportunidad, hoy 16 de Septiembre. A quien haría de chofer, al *Cofla*, apenas si lo conocía, pero se esforzaba por delinearlo en su pensamiento. Conduciría velozmente, concentrado en lo suyo y silencioso, probablemente hacia el Norte de la ciudad. Esos serían con seguridad los peores momentos, el viaje que se haría interminable mientras El Cordobés daba las instrucciones finales. El, en realidad, poco sabía de la operación y comprendía que no podía ser de otra manera. Aún así, la implícita desconfianza lo lastimaba

un poco. Le habían dicho que se trataba simplemente de liquidar a un nido de contrarrevolucionarios, tal vez de torturadores. Las armas podían ser variadas pero el lugar, de algún modo, previsible: quizás una oficina o un pequeño bar, acaso alguna residencia en Belgrano, difícilmente una comisaría, pues eran demasiado pocos.

Le darían unas "molotov" o unas granadas, tal vez hasta una ametralladora. Y luego descenderían, y ya no tendría ninguna dificultad en realizar la acción precisa en el momento oportuno, en acoplarse y fundirse al movimiento de los otros, violento y seguro. Trataba de gozar por anticipado de lo que sobrevendría más tarde: el relajamiento de los músculos y de los nervios en la noche apacible, la aceptación de sus compañeros, el crecer de su figura que alcanzaba después del hecho la dimensión del heroísmo. Después, siempre *después* del hecho. Pero entretanto iba perdiendo el dominio de sí mismo, comenzando a entrever que todo aquello podía llegar a ser demasiado para él.

La avenida se abría ancha y brillante ante sus ojos lastimados por el resplandor y, cuando comenzaba a atravesarla, sintió el chirriar intenso de unos frenos y un grito insultante. Su sobresalto fue atroz. Dio un brinco hacia atrás, estuvo a punto de caer, y alcanzó a ver el gesto despectivo del conductor que le reprochaba su torpeza. Y cuando ya el coche se marchaba sintió el helado estupor de los que creen haber tenido un presagio inapelable: era un automóvil azul, ni pequeño ni grande, veloz, moderno.

No pudo evitarlo. No podía luchar contra esa idea que lo perseguía; por eso lo dijo en voz alta, como en un conjuro:

-Tengo miedo.

Y comenzó así a pensar en otra vorágine de futuros: lo apresarían poco después de la acción. Tendría que balearse con la policía y lo herirían gravemente. Tratarían de huir pero serían atrapados. Lo torturarían, salvajemente hasta la muerte. Lo detendrían ahora mismo tal vez, pues cualquier horrenda contingencia era posible desde ese mismo instante. Ese hombre que avanzaba hacia él con andar despacioso y un traje verde claro era seguramente un policía. Estaba ya sólo a unos metros, no podía escaparse.

Supo de algo, entonces, peor que el miedo. Sintió con nitidez que su razón lo abandonaba. Miró su reloj: faltaban veinte minutos para las cinco. Pero ahora quería detener el tiempo, postergar el encuentro, descubrir una excusa legítima para no concurrir. Si los otros fallaran, si no viniesen. No, sabía positivamente que no podían faltar. Estarían allí, con esa precisión de los seres que no tienen angustia, que se mueven en el mundo con naturalidad y sin esfuerzo. Hasta serían capaces de reírse un poco de su absurda cara. Los odiaba, envidiaba esa detestable seguridad de hombres "jugados" que ahora se le antojaba ofensiva. Los odiaba porque había alcanzado a comprender que podían ser irrevocablemente distintos a él, a Orlando Noriega, que vanamente pretendía ser Sergio. Un militante duro, lúcido, eficaz. Sólo un cobarde.

Su excitación comenzaba a abandonarlo. Llegó a Santa Fe y comenzó a caminar hacia el centro. Ni el odio, ni el temor, ni la ansiedad de percibir cómo se deslizaba el tiempo

inexorable. Se encontraba hueco, vaciado de toda sensación, como de regreso de una desesperación remota.

Años atrás había recorrido esa misma avenida repudiando la desnuda satisfacción de los burgueses, jurándose luchar por una revolución total que inaugurara un mundo nuevo. Después de vanas reuniones que consumían por igual sus cigarrillos y su tiempo, gracias a Adrián, en verdad, había logrado por fin conectarse al Movimiento, y dentro de éste a los grupos más decididos a pasar a la acción directa. Ese era su camino, el que él había escogido. Pero era en vano evocar aquel pasado que ahora, en vez de darle nuevos ánimos, parecía aumentar su desazón.

La luz ya no daba de lleno en las aceras, quebrada y detenida por las altas aristas de los edificios. Se detuvo en una esquina, un instante para recobrar el aliento. Dos horas enteras venía caminando y comenzaba a cansarse. Y en ese momento, dirigiéndose hacia él, como surgido de una época remota e irreal, lo vio aparecer. El Gordo Salinas, siempre contento, amante de la vida nocturna y del deporte, pero ante todo de la buena mesa. Nada se podía hacer, lo había reconocido.

-¡Salud, Orlandito! Cómo te va, tanto tiempo sin verte!

-Hola, qué tal...

-¡Pero qué te pasa, che! ¡Qué cara! Parecés un loco. ¿Te cagaron en algún examen o embarazaste a una mina?

-No, boludo, si hace como un año que no estudio.

-Entonces ¿qué tenés?... ¿necesitás guita? Ya sabés que para eso están los amigos.

-No, no...

-A vos lo que te hace falta es un poco de joda, pibe.

-No, Gordo, estás equivocado.

-Vení a tomar algo conmigo y me contás. No te preocupes, yo convido.

Al gordo le sorprendían sus ropas; no es que antes hubiese vestido muy bien, en todo caso, pero su desaliño le resultaba exagerado.

-No, estoy apurado.

-Pero vení, cinco minutos nada más. ¡Vamos!

Eran las cinco y cuarto, pensó Orlando, y estaba a pocas cuadras del lugar. Tenía tiempo, casi media hora, y podía llegar perfectamente a la cita. Se tomaría un café, se relajaría un poco, le haría bien.

Entraron a una cafetería de moda, repleta de gente, íntima en su animado y multiforme rumor. Con dificultad consiguieron una mesa desocupada.

-¿Qué quieres tomar?

-Nada, un café.

-Tomate una ginebra, vas a ver qué bien te cae.

No, eso no. No podían tomar antes de un operativo. Era natural, lo tenían rigurosamente prohibido.

-Dale, no te hagás el estrecho, ¿qué te va a hacer? Si yo no te conociera...

Era cierto. Una ginebra en nada lo podría afectar. Tantas veces había recuperado su fuerza y su alegría después de algunas copas, en otro tiempo. Disolvería el miedo oscuro que lo aprisionaba, despejaría su confusión, renovarían su confianza.

-Bueno, está bien, pero una sola.

-Sí, claro, una sola -se rió.

Se la tomó de un sorbo, bruscamente, pero le hizo daño. Sintió un lacerante fuego bajo su garganta, una ligera opresión sobre las sienes, hasta un poco de náuseas. Mientras, Salinas lo mareaba aún más. Su conversación fluía rápidamente entre variados temas -insustancial y ligera- deslizándose de las carreras a las anécdotas de la universidad, no omitiendo la infaltable referencia a sus conquistas.

Sin que Orlando lo percibiera esta vez, el Gordo había pedido una segunda vuelta. Tomó el luciente vaso y se sintió peor aún, amarrado a su asiento por una pesadez invencible; su malestar agudizado no le permitía ya coordinar las acciones más elementales. Sabía que se estaba haciendo tarde, pero no podía dirigir su vista hacia el reloj. Intervenía maquinalmente en la charla del otro, sólo con una parte de su ser, abandonándose al tiempo que lo rodeaba como bruma. Pero seguía bebiendo de esas copas que parecían llenarse solas, incapaz de levantarse, sin voluntad para detener la conversación o para irse.

Ya estaba perdido, aniquilado sin remedio. Destruída la razón de sus sacrificios y de su lucha interior, destrozados los motivos que habían hecho del abandono de su antigua vida un renunciamiento magnífico y grandioso. Todo anulado por la vacilación del último día, del definitivo, de la tarde aquella en que había tenido que asumir llanamente su destino. Como una débil claridad, la conciencia de su fracaso se perfiló en medio de su ciega apatía.

Pudo mirar el reloj.

Eran las seis y cuarto.

Sus ojos quedaron detenidos sobre la hermética esfera; todo estaba perdido. Su cuerpo se hundía, descendiendo y girando. Como un eco lejano percibió la voz del Gordo que le preguntaba qué ocurría.

En un esfuerzo último y supremo levantó la vista. Entonces, durante una fracción de segundo, lo dominó la loca e irrenunciable esperanza. En el contraluz del atardecer, enmarcada por el oscuro vano de la puerta, se recortó la figura maciza de El Cordobés. Creyó ver incluso que Adrián aparecía más atrás. Sería que... acaso...

Se incorporó. Eran ellos.

En ese instante una granada estalló contra la pared del fondo y las ametralladoras, relampagueantes, apagaron los gritos. Su cuerpo, sin vida ya, ahogó el tumulto de sus pensamientos finales.

Carlos Sabino

Buenos Aires, 1968 - Caracas, 1986